

Plan maestro de Bulgaria



Ocho días en anillo desde Sofía — Rila, Plovdiv, el Valle de las Rosas, Buzludzha, Etar y Veliko Tarnovo— con todos los precios ya en euros y sin un solo dato de oídas.

Bulgaria guarda su memoria en capas: la romana bajo la acera, la medieval sobre el meandro y la socialista varada en una cima.

El viaje de un vistazo

Bulgaria es, en 2026, el país al que se llega en el momento justo. El 1 de enero se convirtió en el vigesimoprimer país del euro —cambio fijo de 1,95583 leva por euro; el lev dejó de circular el 1 de febrero— y desde enero de 2025 es Schengen pleno: se vuela de Madrid a Sofía en unas 3 horas y 25 minutos con el DNI en el bolsillo, sin control de pasaportes ni oficina de cambio, y hay vuelo directo desde siete ciudades españolas. Pese al euro, sigue siendo uno de los países más baratos de la Unión, con un coste de vida un 17,9 % inferior al español según Numbeo (agosto de 2026).

Ocho días son la medida porque la ruta dibuja un anillo por el corazón del país, y el país es compacto: se recorre en coche sin palizas. Sofía como puerta de entrada, con los frescos de Boyana y la montaña de Vitosha pegadas a la ciudad; el macizo de Rila con su monasterio y los Siete Lagos; Plovdiv y sus capas romanas; el interior profundo —el Valle de las Rosas y Kazanlak, el platillo de hormigón de Buzludzha, el pueblo-museo de Etar— hasta cerrar en Veliko Tarnovo, la capital del Segundo Imperio búlgaro.

Y conviene decir lo que Bulgaria no es. No es un destino masificado: acaba de estrenar moneda y fronteras y todavía no ha estrenado colas de país de moda. No es un parque temático del comunismo: en Buzludzha solo se visita el exterior, por mucho que circulen fotos de dentro. Y no es el país que promete la internet heredada: la telecabina de Vitosha lleva parada desde mayo de 2024



y el famoso bus de las 10:20 al monasterio de Rila no opera desde la pandemia. Este plan trabaja con lo que existe, verificado en agosto de 2026.

Cuándo ir

El calendario búlgaro se lee en cuatro estaciones útiles. Junio es el mes del senderismo, con 20-25 °C en la montaña y la cosecha de la Rosa Damascena en Kazanlak a primeros de mes, siempre al amanecer. Septiembre y octubre traen la vendimia en el valle del Struma. De diciembre a mediados de abril hay esquí en Rila. Y julio y agosto tienen su propia lógica: los búlgaros se marchan al mar Negro y dejan Sofía y Plovdiv medio vacías para quien llega de fuera.

La luz manda tanto como el termómetro: la recogida de rosas se fotografía con luz rasante antes de las 09:00, Veliko Tarnovo aparece por capas entre la bruma del amanecer y Nebet Tepe paga el viaje al atardecer. Nosotros elegimos agosto de 2026, y no solo por las ciudades medio vacías: era la última ventana para retratar el doble etiquetado en levs y euros, obligatorio solo hasta el 8 de agosto de 2026. El peaje fue conocido: cola de más de una hora en el telesilla de los Siete Lagos los fines de semana y viento en Buzludzha incluso

en pleno verano. Para la mayoría, junio o septiembre-octubre siguen siendo la respuesta.

El itinerario: ocho días

Día 1 — Sofía. La capital cabe en un día bien ordenado: la catedral de Alejandro Nevski a las 08:30, antes de los grupos y con el permiso de foto interior (5,11 €) pagado en el mostrador; la rotonda de San Jorge y las ruinas de Serdica a media mañana; comida entre puestos en el Mercado Central; a las 15:00, la iglesia de Boyana con la entrada resuelta —grupos de nueve personas y diez minutos dentro—, y el bulevar Vitosha a las 18:00, con la montaña al fondo y la hora buena de luz.

Día 2 — Monasterio de Rila. En torno a dos horas de coche hacia el sur que funcionan como descompresión: la ciudad se deshace y el bosque se cierra sobre el parabrisas. El recinto y la iglesia son gratuitos y abren de 07:00 a 19:30; el billete combinado de los museos cuesta 12 €. La tarde es para los pórticos, donde cada cúpula es un cielo pintado en el siglo XIX. Noche en el valle.

Día 3 — Los Siete Lagos. El telesilla (16 € ida y vuelta, en efectivo: el datáfono falla) funciona de martes a domingo desde las 08:30; arriba espera el bucle clásico de unos 8,4 kilómetros y unos 500 metros de desnivel, entre tres y cinco horas a ritmo tranquilo, con los lagos escalonados entre 2.095 y 2.535 metros. Al bajar, carretera hacia Plovdiv.

Día 4 — Plovdiv. El eje clásico: el estadio romano asomando bajo la plaza Dzhumaya, el teatro (3,58 €) esquivando la pausa de taquilla de 12:30 a 13:00, el casco alto con la entrada combinada de hasta cinco sitios (10,74 €) y el atardecer en Nebet Tepe, que es donde la luz paga el viaje.

Día 5 — Plovdiv y la fortaleza de Asen. Mañana sin reloj en Kapana, el barrio gremial peatonalizado; a media hora en coche, la iglesia de la fortaleza de Asen aguanta sola sobre su espolón de roca, rodeada de los Ródopes. Al caer la tarde, carretera hacia el Valle de las Rosas.

Día 6 — Kazanlak. El trío urbano cabe en medio día y suma 10 €: la réplica de la tumba tracia (3 €), el Museo de Historia Iskra (4 €) y el Museo de las Rosas (3 €). El día entero da para los túmulos del valle —Golyama Kosmatka entre ellos, 3 € cada uno— y, si es primeros de junio, para estar entre las hileras antes de las 09:00. Noche en Kazanlak.



Día 7 — Buzludzha y Etar. Desde Kazanlak, 30-40 minutos de curvas por Shipka hasta la cima: explanada libre y gratuita, interior sellado, cortavientos obligatorio a 1.432 metros. Después la carretera baja hacia Gabrovo y el complejo etnográfico de Etar (7,16 €), donde el agua del río sigue moviendo los talleres; con media jornada tranquila se ve bien. Tarde y noche en Veliko Tarnovo; si coincide función, el Sound and Light convierte la colina de Tsarevets en pantalla.

Día 8 — Veliko Tarnovo y regreso. Tsarevets (7,67 €) a primera hora, con la piedra aún fría —de abril a septiembre abre a las 08:00—; la Samovodska Charshia, de acceso libre, para los talleres artesanos; y el mirador del monumento a los Asenevtsi para la foto del meandro antes de devolver el coche en Sofía. Bulgaria se despide bien desde ahí.

La ruta, parada a parada

Sofía. Capas romanas, bizantinas y soviéticas en la misma manzana: la rotonda de San Jorge —el edificio más antiguo de la ciudad, del siglo IV— encajada en el patio del Largo estalinista, las ruinas de Serdica asomando en mitad del centro

y una capital sin maquillaje donde un tranvía retirado hace de oficina de turismo. La única precaución sería: cartera controlada en el transporte público.

Rila. El monasterio que fundó san Juan de Rila en el siglo X es hoy la reconstrucción de 1834-1862 —un incendio arrasó casi todo en 1833—, Patrimonio Mundial desde 1983, y funciona como refugio en mitad de la montaña, no como monumento en un claro. La otra mitad del capítulo son los Siete Lagos glaciares, con un telesilla que exige madrugar o, mejor, ir entre semana.

Plovdiv. Un teatro romano en cartelera y un estadio del siglo II bajo la calle comercial: la antigua Philippopolis vive sobre sus propias capas. El casco alto apila casas del XIX voladas sobre la muralla; Kapana pone las terrazas; y desde las colinas también se ve la Plovdiv de bloques y parabólicas donde vive la mayoría. Dos noches son la medida justa.

Kazanlak. El Valle de las Rosas guarda su riqueza enterrada: una necrópolis tracia de siete tumbas de ladrillo, con la cámara pintada del siglo IV a.C. que apareció en 1944 cavando un refugio antiaéreo. Lo que se visita es una réplica exacta, y lo decimos sin ironía: funciona. Alrededor, los campos de Rosa Damascena que se cosechan de mayo a primeros de junio, al amanecer.

Buzludzha. El platillo de hormigón que el Partido Comunista inauguró en 1981 y dejó de mantener en 1989 espera a 1.432 metros, sellado y vigilado las 24 horas, mientras dentro se fijan tesela a tesela más de 900 metros cuadrados de mosaicos. No está abandonado: está en pausa. La explanada exterior es libre y gratuita todo el año, y la silueta —que siempre fue la foto— sigue ahí.

Etar. El único museo tipo skansen de Bulgaria, abierto en 1964 junto a Gabrovo: una calle artesana de casas de madera y cal donde el agua del río sigue moviendo molinos, batán y serrería, y donde lo que compras ha salido del banco de trabajo que tienes delante. Un pueblo que trabaja, no una maqueta que se visita.

Veliko Tarnovo. La capital del Segundo Imperio búlgaro (1185-1393) cuelga del desfiladero del Yantra casa sobre casa. Tsarevets conserva murallas, palacios e iglesias de franjas de ladrillo y piedra; la Samovodska Charshia mantiene una veintena de talleres activos; y el mirador de los Asenevtsi sirve la foto que explica la ciudad. Si el país fuera un libro, este sería el capítulo que explica todos los demás.



Dinero

Bulgaria paga en euros desde el 1 de enero de 2026, con cambio fijo de 1,95583 levs por euro; el lev dejó de circular el 1 de febrero y el doble etiquetado obligatorio terminó el 8 de agosto de 2026. Traducción práctica: ni cambio de divisa, ni comisiones, ni calculadora. Desconfía de cualquier precio en levas que siga circulando por internet: está caducado.

Las entradas son amables: Boyana 6,14 €, permiso de foto en la Nevski 5,11 €, museos de Rila 12 €, telesilla de los Siete Lagos 16 € ida y vuelta, teatro de Plovdiv 3,58 € (o la combinada del casco viejo, 10,74 €), el trío de Kazanlak 10 € en total, Etar 7,16 €, Tsarevets 7,67 €. Buzludzha, gratis. La propina ronda el 10 % y es voluntaria.

El orden de magnitud del día, con los sumandos a la vista: hotel de cuatro estrellas con desayuno desde unos 40 €, coche de alquiler desde unos 20 € al día y comida por unos 10 € por persona. Para dos, con dos comidas por cabeza, salen en torno a 100 € diarios antes de entradas (40 + 20 + 4 × 10). Aviso honesto, el mismo que hace la guía: las cifras de hotel y coche son orientativas, tomadas aún de precios pre-euro.

Logística

El coche de alquiler es la herramienta de esta ruta: Buzludzha y Etar no tienen transporte público razonable, y algunos taxistas de Kazanlak ni siquiera aceptan subir al monumento —los que aceptan llegan a pedir hasta 100 euros—. La excepción donde el tren gana es Sofía-Plovdiv: desde unos 6 € y entre dos horas y media y tres. Sin coche, el monasterio de Rila se resuelve con el shuttle diario desde Sofía (salida 09:00, vuelta 15:00, desde 15 € por trayecto).

Carreteras: la viñeta electrónica es obligatoria y se compra en bgtoll.bg (1 día 5,30 €, semana 10 €, mes 19,90 €; las tarifas subieron un 30 % el 1 de agosto de 2026, así que ignora las webs con precios viejos). El carnet español vale para estancias de menos de seis meses, conviene evitar conducir de noche —el estado de algunas carreteras y la fauna lo desaconsejan— y a Buzludzha se sube por la ruta sur asfaltada: la pista desde el paso de Shipka está en muy mal estado y suele cerrarse en invierno.

Dormir, por zonas: dos noches en Plovdiv son la medida justa; para Buzludzha se duerme abajo, porque acampar en la cima está prohibido; si apuntas al



Festival de la Rosa (próxima edición: 4-6 de junio de 2027), el alojamiento de Kazanlak se agota con meses de antelación y se reserva en invierno; y Veliko Tarnovo merece noche, tanto por entrar en Tsarevets a primera hora como por el Sound and Light, que en los festivos oficiales se ve gratis desde la plaza Tsar Asen I.

El plan fotográfico

La primera foto del viaje es la portada: Buzludzha de frente, con el platillo, la torre y la escalinata invadida por la hierba componiendo una simetría brutalista que pide encuadre desde abajo. No tiene hora fija: la niebla que sube del valle regala —o arruina— la toma en cuestión de minutos, y el dron está permitido en el exterior bajo la normativa europea EASA.

La segunda se madruga: Veliko Tarnovo desde el mirador de los Asenevtsi, al amanecer, cuando la bruma todavía sube del Yantra y la ciudad aparece por capas —tejados rojos, galerías de madera, roca desnuda—. Nosotros volvimos al atardecer solo para comprobar que cambia de piel con la luz.

La tercera es estacional y con horario estricto: la cosecha de la rosa en Kazanlak, de mayo a primeros de junio, con los pies entre las hileras antes de las 09:00, cuando la luz rasante enciende los pañuelos a contraluz y los sacos de pétalos pasan de mano en mano sin posar para nadie. Fuera de temporada, el relevo es el atardecer en Nebet Tepe, sobre Plovdiv: es donde la luz paga el viaje.

Antes de salir

DNI en vigor y listo: Schengen pleno, sin control de pasaportes desde España.

Euros desde el primer café: nada de levas, nada de casas de cambio.

Viñeta comprada en bgtoll.bg antes de arrancar: la semanal cuesta 10 €.

Efectivo para el telesilla de los Siete Lagos: el datáfono falla a menudo.

Entrada de Boyana resuelta de antemano: grupos de nueve, diez minutos dentro.

Cortavientos en el maletero: en Buzludzha el viento no descansa ni en agosto.

Tarjeta Sanitaria Europea encima y seguro para la privada; emergencias, 112.

Adaptador de enchufe, ninguno: tipo C y F a 230 V, como en casa.

Cartera controlada en el transporte público de Sofía; es el único riesgo real.

Cirílico básico aprendido en el vuelo: София и Пловдив no se traducen solos.